

CONVERSACIONES

FERNANDO SORRENTINO: «*DAVID COPPERFIELD*, DE DICKENS, ME MARCÓ PARA SIEMPRE»

Entrevista

por

María Laura Pérez Gras

Después de dos semanas de contactarnos por correo electrónico para coordinar el encuentro, llegamos a la esperada tarde del lunes 23 de abril, en que me acerqué hasta su lugar de trabajo: un pequeño departamento con dos computadoras y una interesante biblioteca. Allí encontré a un escritor muy parecido a sus cuentos; lleno de características disímiles y hasta paradójicas, que se complementan de una manera armoniosa, por lo que no resultan disonantes en lo más mínimo. Se trata de un hombre sencillo pero perspicaz, tímido pero con algo de actor, de mucha experiencia pero increíble jovialidad; un solitario por elección pero un hombre de familia, de los que el orgullo por los hijos se les nota en la mirada; un lector permanente y un escritor ocasional; un optimista con gran sentido del humor pero, a veces, un poco sarcástico; un eterno alumno de los grandes maestros de la literatura y un gran maestro de literatura de eternos alumnos, que reaparecen en su vida, esporádicamente, para transmitirle afecto o complicidad a partir de la lectura de alguno de sus relatos.

Inmediatamente, supe que esta entrevista era una maravillosa excusa para conocer a un escritor diferente, que no cabe en estereotipos ni sustantivos colectivos, y la conversación fluyó de la siguiente manera:

Laura Pérez Gras: ¿Cómo empezaste a escribir?
¿Cómo surgió tu vocación literaria?

Fernando Sorrentino: Mi vocación literaria empezó como lector porque, como dije varias veces, ni bien empecé a leer, experimenté una especie de atracción irresistible por los libros. Ya de muy chico, los llamados «libros de lectura» de la escuela primaria me atraían; y no eran tontos como la mayoría de los que hay ahora, sino que traían lecturas largas. De vez en cuando, se intercalaban algunos textos literarios muy sencillos: poesías, las fábulas de Samaniego, las de Iriarte, algún cuentito, alguna leyenda. En fin, todas esas cosas me fascinaban. Al mismo tiempo, empecé a leer los libros para chicos que había en aquella época: las adaptaciones de los *Viajes de Gulliver*, de los cuentos de los hermanos Grimm. Y así, fui leyendo y leyendo. Y bueno, cuando uno se apasiona por la literatura, el paso del lector al escritor no es demasiado complicado. Ahora, esto no quiere decir que lo hiciera bien desde el principio, porque lograrlo requiere un enorme aprendizaje. Yo me di cuenta de que, aunque traté de escribir ya en el secundario, llegué a hacerlo de una manera más o menos digna cuando tenía unos veinticinco o veintiséis años. Todo lo anterior había sido una serie de ensayos o prácticas, nada más.

L.P.G.: ¿Cómo recordás tu primera obra?

F.S.: La recuerdo como algo que hice con mucha irresponsabilidad porque sucedió casi sin quererlo.

Yo soy egresado del Profesorado del Mariano Acosta y, cuando estaba en tercer año, participé en el concurso anual de cuentos para alumnos. Resulta que lo gané con un cuento que, ahora, pienso que no vale gran cosa. Pero, en ese momento, ganar algo me dio ánimos, y empecé a escribir bastante. De manera que, cuando me recibí, ya tenía casi veinte cuentos escritos. Por fortuna, o por desgracia, alguien que acababa de fundar una editorial muy chiquita (estas son cosas que hoy no ocurrirían) me preguntó si no tenía cuentos para publicar, porque estaba buscando nuevos autores. Y, así, se publicó mi primer libro, *La regresión zoológica*, en el año 1969. Al año, tomé conciencia de que ese libro era muy malo.

L.P.G.: *¿Qué había cambiado en vos?*

F.S.: Había madurado. Y me di cuenta de que ya no podía escribir de esa manera. Había seguido leyendo y el aprendizaje que te dan las lecturas de distintos autores deja una marca. Yo comparaba mis primeros cuentos con los de los autores que me gustaban y me daba cuenta de que estaban mal hechos. Creo que uno aprende por comparación, también.

L.P.G.: *Sí, y también se necesita una cierta distancia con el texto...*

F.S.: Sí, es necesario dejar pasar el tiempo. Cuando un cuento tiene un año, un año y medio, casi lo podés leer como si fuera de otra persona. Ya no sentís el mismo afecto por el texto. Bueno, así me di cuenta de que no podía volver a escribir como había escrito los cuentos de *La regresión zoológica*. No obstante, rescaté uno: «Mi amigo Lucas». Y lo puse en otro libro, aunque tuve que reescribirlo. Es que también estaba mal escrito, pero la idea era buena.

L.P.G.: *¿Y qué te pasa ahora cuando releés tus cuentos? ¿Sos de corregir o reescribir mucho todavía?*

F.S.: Sí, y además, los mismos textos se van «autodepurando». A medida que pasan los años, y a pesar de que todavía los puedo considerar aceptables, algunos cuentos dejan de gustarme. Y, de alguna manera, se va formando una especie de antología en mi cabeza, donde hay cuentos que pierden vigencia, otros que ya no vale la pena revisar, y muchos que sí, porque todavía me gustan.

L.P.G.: *¿Tenés algún método de escritura?*

F.S.: Sí, es el siguiente: cuando tengo una idea, la escribo a toda velocidad hasta llegar al final, porque necesito tener las palabras en el papel. No me alcanza con tener la idea en la cabeza. Una vez que tengo las palabras escritas, ya tengo el primer borrador, que en realidad no es más que eso, porque dejo frases inconclusas, los personajes y lugares llevan nombres provisionales... pero, una vez que tengo algo escrito, ya puedo pisar terreno seguro. Entonces, empiezo de nuevo. Con el texto adelante, vuelvo a escribir todo pero de otra manera, más elaborada. A veces, reescribo un texto cinco o seis veces. Me gusta hacerlo así.

L.P.G.: *Dijiste que todo el proceso comienza cuando tenés una idea. ¿Te referías a un final, a un comienzo, a un concepto, o varía en cada caso?*

F.S.: Varía, pero generalmente parto de una situación insólita. Y, después, la desarrollo. Por ejemplo: un hombre que le pega a otro con un paraguas, un hombre dominado por un mosquito, una invasión de escorpiones.

L.P.G.: *Un preso en una jaula adentro de un departamento...*

F.S.: Exactamente.

L.P.G.: *¿Qué hay detrás de una situación insólita? ¿Qué querés transmitirle al lector?*

F.S.: Simplemente, me gusta partir de ahí. No me gusta la literatura llamada realista. La literatura fantástica tiene la obligación de ser verosímil para crear el efecto deseado, porque el elemento fantástico se destaca en medio de los otros elementos cotidianos. Mayor trabajo es inventar todos los detalles o pormenores necesarios para que el lector crea que lo que se narra es verosímil (aunque no real) en un relato fantástico. En mi caso, una vez que armé toda esta escenografía de mentiras, puedo introducir el hecho insólito; uno solo, no muchos.

Por ejemplo, los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann, en mi opinión, están mal hechos: no puede ser todo fantástico... un relato de estas características tiene que tener una estructura verosímil que le permita al lector aceptar el hecho fantástico o insólito sin violencia. Es como subrayar todo un texto al resumirlo o estudiarlo: si está todo subrayado, entonces nada está subrayado. Entonces, yo trato de que

todo sea lo más verosímil posible, y luego «con disimulo» agrego el hecho fantástico o insólito.

L.P.G.: *Yo observo el empleo de lo siniestro en términos freudianos, pero sin la truculencia de los cuentos de Poe. Siempre hay un hecho que irrumpe y desestabiliza el mundo cotidiano de los personajes. Pero tus relatos apuntan más hacia el absurdo y el humor.*

F.S.: Poe es un maestro, es una maravilla. Pero, evidentemente, le gustaba mucho la sangre. Y no está mal. A mí me gusta todo eso también. Pero considero que mis relatos tienen que ser más cercanos, más cotidianos. Por ejemplo, una vez me hicieron la observación de que muchos de mis cuentos se desarrollan dentro de un departamento y nada más. Esto me lo comentaron unos chicos de una escuela donde di una charla. Y me di cuenta de que no hace falta viajar por las estepas de Rusia, ni por las sabanas o el desierto en el África, para darle al cuento un escenario interesante. Las cuatro paredes de una habitación o de un departamento son quizá más eficaces, porque es un ámbito tan tranquilo y familiar, que todavía es más contundente que en él se produzca un hecho fantástico.

L.P.G.: *Mencionaste a Poe como un «maestro». ¿Qué otros autores entrarían en esta categoría desde tu experiencia como lector y como escritor?*

F.S.: Aprendí de todo lo que leí, inclusive de lo que no tenía nada que ver conmigo. Por ejemplo, me gusta mucho la poesía española de los siglos XVI y XVII. Es maravillosa. Pero no puedo tomar de ella algo que tenga relación directa con mis relatos, porque son mundos distintos. Por otra parte, están los maestros de mi pubertad: Emilio Salgari, Henry Rider Haggard y Julio Verne, entre otros, que siguieron a la literatura de mi infancia de la que hablé antes. Pero un año, recuerdo que fue cuando hubo una epidemia de poliomielitis, a fines del '55, se suspendieron las clases. Los chicos vivíamos en la calle (no como ahora, que están encerrados con televisores y computadoras). Un día, encontré a un chico de la vereda de enfrente con un libro gigantesco en las manos y, en seguida, se me fueron los ojos. Me dijo que se lo habían regalado para el cumpleaños y que no lo podía leer porque le resultaba insoportablemente aburrido. Y, entonces, me lo regaló. El libro era de la colección Robin Hood,

pero de tamaño descomunal. Me lo llevé a casa y empecé a leer. Al instante, me di cuenta de que se trataba de una literatura superior. Y que, en comparación, las historias de Julio Verne, con lo meritorias que eran, estaban muy por debajo de ese nivel. El libro era *David Copperfield*, de Dickens. Y unos años después entendí por qué me había resultado tan maravilloso: por el volumen que tienen los personajes, quienes son tan verosímiles que se contradicen (dicen una cosa pero piensan o hacen otra), por el cúmulo de peripecias y el interés que provocan, por la caracterización psicológica de los personajes... Ese libro me marcó para siempre. Y después me compré las *Obras completas* de Dickens; y así leí muchísimas de sus novelas. Yo no escribo como Dickens, ni remotamente, pero fue un hito en mi experiencia como lector.

En cuanto a mi experiencia como escritor, me gustan los autores con los que tengo cierta afinidad. Por ejemplo: Kafka, Borges, Bioy, Denevi, Cortázar... Todos ellos crean mundos extraños dentro del mundo cotidiano. Esa es la literatura que a mí me gusta leer y escribir.

L.P.G.: *¿Sentís alguna preocupación por el lector en el momento de la escritura?*

F.S.: No. Yo soy el primero y único lector del texto hasta que entra en la editorial. En definitiva, trato de escribir el cuento que a mí me gustaría leer. En mis épocas de escritor inexperto, a veces me imponía agregar tal o cual cosa porque pensaba que al lector iba a gustarle. Pero me di cuenta de que lo que importa es que me guste a mí; si, después, al lector le gusta lo que yo escribo, mejor. Si el objetivo es crear algo, no me tengo que adecuar a nadie. O sea que, a partir de mi segundo libro, puedo asegurar que escribí sólo lo que a mí me gusta.

L.P.G.: *Al decir que sos el único lector de tus textos, ¿estás diciendo que jamás se los das a leer a alguien para estudiar las reacciones que pueden provocar?*

F.S.: Nunca. Es como cuando uno tiene un problema cualquiera (no de orden literario) y pide consejos: todos te dicen cosas diferentes y no hacen más que confundirte. En esto pasa lo mismo. Uno tiene que seguir las propias convicciones. Una vez publicado el cuento, recibo comentarios; la gente manda mensajes

o llama por teléfono. En definitiva, me llega igual la recepción de algunos lectores, pero esto no interfiere en el proceso de escritura.

L.P.G.: *¿Tampoco se lo darías a leer a una persona muy experimentada?*

F.S.: *¿Por ejemplo a Bioy Casares?*

L.P.G.: *Por ejemplo.*

F.S.: No, estaría fuera de mi «reglamento interno». Sólo les doy los textos a los críticos de las editoriales, que son quienes los van a aceptar o rechazar para su publicación.

L.P.G.: *¿Tampoco los leen las personas de tu entorno íntimo?*

F.S.: Tampoco. Es algo que tiene que ver con mi vocación por la soledad en cuanto a la actividad literaria. No formo parte de ningún grupo, sociedad, fundación... ni nada con espíritu gregario. Por otra parte, para mí escribir es como tirar una botella al mar. Algunos llegarán a leer y apreciar el texto y otros no. Pero ese no es mi problema.

L.P.G.: *Eso lo explicás muy bien en tu cuento «Problema resuelto»¹, que no está en esta última antología. Es magnífico cómo dejás sin resolver el misterio de lo que el personaje oculta en su departamento; dejás al lector con la libertad de pensar lo que quiera y hacés explícito, a través de la mujer del protagonista, que ahora es problema de otro, no del autor ni de los personajes...*

F.S.: Claro: yo escribí, digamos, sólo una parte del cuento; ahora le toca al lector redactar lo que falta.

L.P.G.: *¿Cómo es el proceso de encontrar una editorial que quiera publicar tus textos?*

F.S.: Tengo todo tipo de experiencias: a veces, me llaman para ofrecerme una publicación; y otras, no encuentro quién me publique algo que tengo escrito. En este momento, tengo una serie de cuentos, todos inéditos, que me interesa publicar. Y estoy en la espera.

L.P.G.: *Sin embargo, leí por ahí que publicaste*

casi todo lo que escribiste...

F.S.: Sí, es cierto. Pero eso es porque escribo poco... Sólo puedo escribir cuando tengo una idea. No puedo proponerme escribir un cuento y sentarme a hacerlo. Puedo estar sentado frente al papel ciento cuarenta años, pero no voy a lograr nada.

L.P.G.: *¿Qué te llevó a escribir cuentos en vez de cualquier otro género? Sé que tenés una sola novela.*

F.S.: Las historias que yo escribo son breves porque parten de situaciones insólitas y no alcanzan para escribir novelas. El cuento me permite sentirme cómodo para escribir lo que tengo ganas.

L.P.G.: *¿Y alguna vez te planteaste la posibilidad de salir de la narrativa y explorar la lírica o el teatro?*

F.S.: Unas cuantas veces intenté, en mi juventud, escribir poesías. Pero, como comprobé fácilmente que esas composiciones carecían del menor valor literario, renuncié a todo intento: ¿para qué agregar más fealdades al mundo? En cuanto al teatro, en más de una ocasión me planteé que me gustaría volver a escribir el cuento que se llama «Nuevas leyes inmobiliarias» como una obra teatral. Yo creo que, si me pongo, lo hago. Ese cuento es como, digamos, un miniKafka porteño. Está ambientado en un ámbito cerrado y los personajes, muy caracterizados. El teatro tiene sus técnicas y creo que podría aprenderlas. Yo leí muchas piezas; y prefiero leerlas antes que ir a verlas. Normalmente, las representaciones me decepcionan: me parece que ni el director ni los actores entienden el texto. Por ejemplo, me gusta mucho Gregorio de Laferrère, tanto *Locos de verano* como *Las de Barranco*, pero nunca me gustaron las representaciones que vi.

L.P.G.: *¿Cómo llegaste a la literatura infantil?*

F.S.: También fue un poco de casualidad. Como yo, en ese momento, trabajaba en la extinta editorial Plus Ultra, y había una serie de colecciones infantiles, estaba en contacto con ese tipo de literatura y me parecía que no me resultaría difícil hacerlo. Yo ya tenía escrito un libro que se llamaba *Aventuras del doctor García*, que era un tipo que contaba mentiras, y

pensé en reelaborarlo y sacarle el contenido inadecuado (porque había sido escrito para lectores adultos). Así nació el libro *Cuentos del Mentiroso* de 1978. Recién en 1995, mucho tiempo después, publiqué *La recompensa del príncipe*. La literatura infantil no es algo que me interese particularmente.

L.P.G.: *Me parece que se debe a que tu literatura infantil parte del mismo arte poético que la que escribís para los adultos. Ambas se basan en los mismos principios estéticos, porque no considerás al niño incapaz de participar del pacto lúdico que proponés en tus textos. Pienso que tus cuentos son tremendamente lúdicos y no te debe resultar tan difícil adaptarlos al código del juego infantil.*

F.S.: Es cierto, a mí me gusta jugar. De hecho, un libro mío que se llama *El regreso* se publicó para alumnos de la escuela primaria y, sin embargo, esos cuentos pertenecen a libros anteriores para adultos. Y los cuentos están tal como yo los escribí, sin la menor adaptación ni cambio.

L.P.G.: *¿Considerás que tu literatura es puramente lúdica o, en realidad, te interesa transmitir una idea?*

F.S.: No, no me interesa transmitir nada. Justamente, tengo un artículo que se llama «El narrador escribe un cuento; el lector suele leer otro»,² donde explico esto. Muchas veces, me preguntan qué quise simbolizar con tal o cual cosa. Y yo no quise simbolizar nada. Las interpretaciones son del lector, no son mías.

L.P.G.: *Sí, igualmente, en un texto siempre se habla de algo, de manera consciente o inconsciente. Cuando leía los cuentos de tu última antología (2005), saltaban a la vista una serie de temas muy recurrentes. Casi en todos se habla del poder y de la libertad. Sobre todo, de la privación de la libertad a través de condicionamientos, de intrusiones o del azar.*

F.S.: Es verdad. Son temas que debo tener incorporados desde mi juventud. Por ejemplo, en relación con el poder, recuerdo que, cuando hice el servicio militar, yo no podía concebir que tuviera que obedecer a tipos semianalfabetos, vulgares, casi troglodíticos... Más tarde me pasó lo mismo con ciertos directivos en ámbitos laborales. Eso está relatado en mi cuento

«Terapia exitosa». Y las intrusiones me molestan, también. Recuerdo que Kafka escribió algo así como: «Considero a las visitas como una agresión personal», y yo también. En muchos cuentos míos, hay intrusiones: los escorpiones que invaden la casa, el Piccirilli que se mete en la biblioteca, el hombre que no deja de pegarle a otro en la cabeza, el mosquito...

L.P.G.: *Sí, a eso me refiero. Y otra cosa que observé es que una vez que esa intrusión se produce, misteriosamente se genera una especie de simbiosis, una relación de dependencia entre la víctima y el invasor o el elemento condicionante; como pasa, por ejemplo, entre el protagonista y el miedo en el cuento «Temores injustificados».*

F.S.: Así es..., se produce un acostumbamiento.

L.P.G.: *¿Cuál de tus libros apreciás más?*

F.S.: *El rigor de las desdichas*, que se publicó en 1994. Considero que los cuentos de ese libro son lo mejor que escribí hasta ahora. Sobre todo, el cuento «Carta a Graciela Conforte de Sicardi».

L.P.G.: *¿A cuántos idiomas se han traducido tus textos?*

F.S.: Que yo sepa, en cuanto a lenguas europeas, he sido traducido al inglés, al portugués, al catalán, al italiano, al alemán, al francés, al polaco, al ruso, al lituano, al holandés, al danés, al islandés, al finés, al rumano, al búlgaro, al húngaro... En cambio, no he podido entrar ni en Suecia ni en Noruega... Tampoco en Grecia ni en los Balcanes... Pero no estoy hablando, en general, de libros enteros sino de cuentos individuales. Mi cuento «Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza» fue el más afortunado, pues —además de las mencionadas— apareció en lenguas, digamos, «exóticas» como chino, vietnamita, japonés, tamil, tailandés, parsi (que es la lengua de Irán)... Y hasta en un idioma llamado algo así como «kabilia», que se habla en no sé qué zona de Argelia. Y muchas veces hay traducciones que se hacen sin avisarme, y de las que me entero mucho más tarde, y por pura casualidad.

L.P.G.: *Debe ser impresionante verse publicado en un libro en otro idioma. O encontrarse en una antología junto a grandes como Poe... ¿Qué les*

dirías a los jóvenes que empiezan a escribir?

F.S.: Que lo hagan por el placer de escribir; y no por una mentalidad comercial que les haga decir: «Voy a publicar», «Voy a ganar plata»; que no tengan la vanidad del éxito... Yo siempre tomé la literatura como un placer. No estoy de acuerdo con esos escritores que dicen que sufren cuando escriben. Si no escriben, dicen que sufren porque no pueden escribir. Y si escriben, también sufren, porque la literatura les resulta «dolorosa». Pero, en realidad, no sufren nada: están creando su propio personaje. Es sólo una pose. Ese tipo de escritor me parece una especie de Tartufo.

L.P.G.: *Quizás tiene que ver con que la ironía y el absurdo de tus textos te llevan al humor. Tal vez, es tu forma de apreciar tanto el arte como la vida.*

F.S.: Sí, me gusta ser gracioso, hacer bromas. En el colegio solía hacerlo y mis alumnos me recuerdan con mucho cariño; incluso, mis compañeros, los otros profesores, se divertían conmigo en las reuniones. Soy tímido pero tengo sentido del humor.

L.P.G.: *¿Considerás que el humor está presente en la literatura argentina?*

F.S.: Sí, Cortázar es muy gracioso; Marco Denevi, también. Borges es muy sutil, brillante. En el cuento que se llama «La señora mayor», que está en *El informe de Brodie*, cuenta que esta mujer, que ya había cumplido los cien años, sufre una decepción cuando viene la infanta Isabel porque no puede creer que hable como una gallega cualquiera y no como una señora argentina. Es genial. Inclusive, hablando con él, en persona, respondía de una manera sutilmente irónica y graciosa. Por ejemplo, de cierto autor muy ridículo, dijo: «Es muy difícil hablar de él sin calumniarlo».

L.P.G.: *¿Cómo fue tu experiencia de entrevistador, cuando se gestaba Siete conversaciones con Jorge Luis Borges?*

F.S.: Fue maravillosa. Hay una prehistoria... La misma editorial que me había publicado *La regresión zoológica* quería armar una colección de entrevistas y yo me ofrecí a hacer la de Borges. Después, la editorial desapareció. Pero a mí me habían quedado las cintas grabadas con las entrevistas. Y el libro salió

años después, por otra editorial. Recuerdo la sencillez de Borges... Yo había ido a verlo sin ninguna infraestructura editorial. Fui a la Biblioteca Nacional en la calle México, subí las escaleras y vi un cartelito que decía «Director». Golpeé y salió una mujer. Le pregunté si Borges estaba porque le quería hacer una entrevista. Me dijo que esperase y al segundo salió Borges al pasillo. Y ya era BORGES, y salió con absoluta sencillez y modestia, como tal vez no lo haría alguna estrellita de la televisión. En seguida aceptó ser entrevistado y establecimos un día a la semana. Y estar con Borges era para mí como para un pibe del potrero estar frente a Maradona. Era una maravilla oírlo hablar, la inteligencia que tenía... Sabía de todo: te podía hablar de literatura gauchesca a la perfección, de *La divina comedia*; recordaba los versos, los detalles; te hablaba de Goethe, de todo... Además, la gracia, la memoria... Es mi ídolo. Deslumbrante.

L.P.G.: *¿Y cómo recordás la experiencia que te movió a escribir Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares?*

F.S.: Fue diferente de la que tuve con Borges. Yo para ese momento ya era relativamente conocido porque tenía más libros publicados, y Bioy no me llevaba tantos años... él es del 14 y yo soy del 42. Además, él ya me conocía. Era una relación más cercana. Bioy era muy simpático, y también muy inteligente. Pero nadie se parece a Borges... es único. Yo llevaba muchas preguntas para hacerle y después de la segunda ya nos desviábamos, y una cosa llevaba a la otra, y terminaba sin preguntarle desde la tercera hasta la última. Me volvía a casa con un material totalmente diferente y más rico del que esperaba obtener con mis preguntas. Yo grababa en un Philips, de los de la época, de cinta descubierta, que pesaba como 400 kilos, y computadora no existía. Así que, para desgrabar las cintas, usaba mi máquina de escribir Remington Rapid-Riter modelo 1960, que todavía la tengo ahí, porque la amo. Con ella escribí casi todos mis libros.

L.P.G.: *¿Te gustaría que alguien escriba Siete conversaciones con Fernando Sorrentino?*

F.S.: Sí, pero no creo que alcance para siete conversaciones. Tendría que titularse *La séptima parte de una conversación...*

L.P.G.: *No tengo ninguna duda de que habría mate-*

rial para siete conversaciones; pero seguramente atenderíamos contra la esencia de tu arte poético, porque nos pondríamos a hablar de los cuentos y les quitaríamos parte de la magia que sólo se produce en la lectura.

No creo que sea prudente que los lectores sepan más de Fernando Sorrentino y de su obra antes de meterse en el insólito mundo de sus cuentos.

Muchas gracias, Fernando, por tu generosidad y tu tiempo.

F.S.: Gracias a vos, María Laura.

La última antología de relatos de Fernando Sorrentino fue publicada por ediciones Carena en febrero de 2005, en Barcelona. Lleva el título del primer cuento de la serie: *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza* y tiene 355 páginas. Sorrentino nos revela que el orden de los relatos es totalmente azaroso por voluntad de la editorial. Quizás, él los hubiera ordenado en forma cronológica, debido a que en esta antología hay cuentos que tienen muchos años y otros que son nuevos: se trata de la serie de textos que el autor eligió enviar porque los disfrutaba como lector y son dignos de reeditarse o publicarse por primera vez.

Todos los relatos tienen la «marca personal» del escritor: son insólitos y cotidianos, extraños y verosímiles, fantásticos y humorísticos. Provocan una gran curiosidad pero no siempre la satisfacen. Descolocan,

desestabilizan y, a la vez, dejan el dulce sabor del juego y la sorpresa. Hay una especie de gratuidad que se percibe en el placer lúdico que produce su lectura. No se proponen explicar nada y, sin embargo, nos sentimos identificados con los personajes: contradictorios, temerosos, vulnerables y tenaces. Estos cuentos no hablan de nada en particular, pero nos dicen muchas cosas. Quizás, nos hagan palpar lo absurdo e insólito de la vida; pero, también, nos muestren lo mágico y misterioso que puede ser vivirla. Todo depende del lector, y de lo que quiera o pueda descubrir en ellos. Sorrentino ya ha hecho su tarea: los ha escrito. Y yo ya he realizado la mía: los he presentado. La aventura de leerlos es toda tuya. Y si hay algo que no te queda claro o que querés preguntar después de hacerlo, tanto el autor, como yo, te diremos: «Problema resuelto».

NOTAS

1. Puede leerse en: <http://www.badosa.com/bin/obra.pl?id=n277>
2. Puede leerse en: <http://www.letrealia.com/140/articulo03.htm>

María Laura Pérez Gras es Licenciada en Letras, Doctoranda y docente de la Universidad del Salvador. Es también becaria doctoral del CONICET.